

siasmos sin principios netos, fervores generosos y aturcidos) y maestros de dificultades (rigor para pensar, rigor para purificarse, rigor para elegir).

Gabriela MISTRAL.

Universitario.

París, Abril de 1927.

ALFONSO REYES

ALFONSO Reyes llega de París, tras uno de los períodos más brillantes de su actividad de mexicano y de poeta. Dentro del grupo de selección que logró alguna vez el Ateneo de México, Alfonso Reyes significa un centro de gravedad, un equilibrio entre el desdén y el entusiasmo, una concordia de la cultura y del gusto.

No sé qué falta aún en la obra de Antonio Caso, no sé qué sobra aún en la vida de José Vasconcelos que, junto con Reyes, representaron, en esa promoción, la trinidad de la filosofía, de la poesía y del ensayo. Tal vez, en el admirable ejemplo de Antonio Caso falta el escrúpulo del gusto. Tal vez sobran las prisas en el genio heroico de José Vasconcelos y, además, la coincidencia del pensador con el político, grave para el pensador.

El destino de Alfonso Reyes ha sido, en cambio, una cadena única de compensaciones. La sucesión misma de sus obras recuerda la sabiduría con que el alpinista escala las alturas más difíciles, alternando la ascensión con el reposo —contemplación inteligente, "pausa"— en el peldaño del descanso.

Es un animador. Su correspondencia, sus libros —¿y qué libro suyo no es una carta abierta?— sus artículos de crítica, su diario, sus poemas llevan esta dirección, siempre: recordar a todos el compromiso de ser fieles al espíritu. Por encima de la veleta de las doctrinas, de las escuelas, de los "ismos", Alfonso Reyes coloca su observatorio que no es, por fortuna, un observatorio de serenidad —gracias al temblor humano de que no se desposee nunca—, pero que no es tampoco el observatorio del "entusiasmo en mangas de camisa".

En mayor grado que otros escritores de México —inquietos por representar el papel de una siempre renovada juventud—, Alfonso Reyes, que ha vivido intensamente cada una de las etapas de su propia vida, ha logrado obtener de su experiencia una segunda ju-

ventud, tan sincera y tan artística a la vez, que hace pensar, como en Wilde, en los deliciosos resultados que obtendría la naturaleza si supiera, en efecto, imitar al arte.

El temblor humano, el *schaudern* de Goethe, cualidad a cuyo favor las demás cobran un interés y un significado nuevos, es la primera de las virtudes de Alfonso Reyes. De aquí que sus obras —aun los relatos en cuarta dimensión del *Plano Oblicuo*, aun en los poemas más descarnados de anécdota— no hayan sufrido el despojo de la deshumanización. El gusto es su único freno. Pero ¿quién no desearía un freno así? En un fragmento de *Calendario*, Reyes explica la necesidad de emprender una cruzada contra el corazón en la literatura. En esto también coincide con la mayor parte de los escritores de justa sensibilidad: no hay uno que, como él, no trate de disimularla por miedo de manchar la delicadeza de su pudor.

Como ministro y como hombre de letras, Alfonso Reyes ha comprendido, con acierto, que su destino es el de una inteligente relación. Dispone en el trato y en el libro de esa cordialidad que parece abrir en seguida a quien lo visita la alcoba más íntima, pero que une, a esta temperatura de la cortesía, la actitud de una intimidad más interior, rica como pocas, de afecto y de tolerancia. Crítico impar, sabe, como André Gide, exigir de sí propio las condiciones que pide a los demás para estimarlos: la sobriedad, el gusto, la inteligencia vigilante. Lo comprende todo y podría expresar lo que comprende, pero prefiere que su campo de interpretaciones sea más amplio que su taller. De este modo se une a la tradición clásica, que es, como se sabe, una tradición que se limita.

Ha luchado contra el vicio de la facilidad, y gracias a los esfuerzos de su educación ha conseguido modelar la riqueza impaciente de su temperamento. Pero de este drama interior no ha permitido nunca que el público se entere, acaso menos por lo que la línea de su perfección pudiera desfallecer al entregar esta confidencia que por escrúpulo de cortesía, por no hacer compartir al lector la tragedia del hombre que produce, el trance del dramaturgo, anterior al telón.

De esta facilidad, Alfonso Reyes ha conservado la aptitud, viajera de caminos, pero ha perdido la falsa espontaneidad de la improvisación. Sus conversaciones mismas —en donde se refugia todo lo que el hombre guarda de íntimo y de frágil— dan a quien las goza la impresión de estar ya escritas en un libro suyo, más bello, no porque sean una repetición sin originalidad, sino porque están tocadas también, como sus páginas mejores, de la magia de su estilo.

La previsión del crítico, la oportunidad del comentarista han hecho olvidar frecuentemente de qué fina materia poética está formada el alma de Alfonso Reyes. Los que esperábamos su primer libro de versos, animados del recuerdo de algunos fragmentos de juventud, no encontramos en *Huellas* esa vibración perfecta que la condición de su autor nos invitaba a exigir. Se trató, sin duda, de una edición demasiado rápida, en que las erratas no nos dejaron ver el libro. Años después, escogiendo la espiga más pura del libro anterior, Reyes publicó una nueva selección de sus versos antiguos: *Pausa**. Dentro del marco que la favorece, esta poesía, muy moderna y muy culta, recobra toda su intensidad de pensamiento y avalora todos los planos de su emoción. El poeta concede poco a las innovaciones de última hora y se queda dentro de la filtrada pureza de la tradición; pero dentro de esta tradición misma escoge sus modelos con una sabiduría rara y pone a cada instante, en la madurez de siempre, su juventud de hoy.

Más aún que en *Pausa*, nos satisface la poesía de Reyes en *Ifigenia Cruel*. Hacía años que no se escribía en América un libro de tan adusta ponderación. Gozoso de resolver las dificultades, Alfonso Reyes parece haberlas acumulado a propósito en esta obra que huye de las resonancias escolares de *Cuestiones Estéticas* y se instala dentro de esa eternidad que es el clima de la poesía de Valéry, con quien Marcelle Auclair compara a Reyes en un reciente artículo de *Los Anales*.

* Añadiendo otros nuevos.

Hombre de simpatías más que de diferencias, el camino que ha recorrido es de los que acercan a los espíritus que se aíslan. Ejemplo admirable para nuestras juventudes en desorden de lo que puede —él mismo lo ha dicho en un elogio a José Vasconcelos— “la fidelidad a la vocación”.

Jaime TORRES BODET.

Revista de Revistas, México.

8 de Mayo de 1927.

Alfonso Reyes. *RELOJ DE SOL*. Madrid, 1926

Gratísimo libro conversado es éste de Reyes, sin una palabra más alta que otra y cuyo beneficio más claro es el espectáculo de bien repartida amistad que hay en su cuarentena de apuntes. Reyes es practicante venturoso de esa virtud de virtudes: la cortesía, y su libro está gobernado por ese mérito. Reyes es fino catador de almas, es observador benévolo de las distinciones insustituibles de cada yo. De tan bien conversarnos de sus amigos, nos amiga con ellos. Desde luego, más prudente es frecuentar las noticias que Reyes nos transmite sobre Valle-Inclán, que los orondos y pendulares párrafos de éste.

Reloj de Sol empieza por una apología de las anécdotas: página emocionada y precisa, que transcribo para que el lector se enamore de ella; y también ¡oh, menesteres dialogísticos del oficio! para comentarla. Aquí está:

“Hay que interesarse por las anécdotas. Lo menos que hacen es divertirnos. Nos ayudan a vivir, a olvidar, por unos instantes: ¿hay mayor piedad? Pero, además, suelen ser, como la flor en la planta: la combinación cálida, visible, armoniosa que puede cortarse con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital.

“Hay que interesarse por los recuerdos, harina que da nuestro molino (*Reloj de Sol*, página once).”

Hay un semblante falso de contradicción en ese encarecimiento de los recuerdos y del olvido: falso, puesto que recordar una sola cosa cualquiera, es olvidarse de lo demás del mundo. No insistiré sobre esa angostura lineal de nuestra conciencia, ya denunciada por Arturo Schopenhauer; quiero pasar derecho a la anécdota y a su tasación.

En estos días se finge menospreciarla. Sin embargo, la anécdota —no en su primordial acepción de historia secreta, sino en la usual de incidente escrito o narrado, de sección breve operada

sobre el destino de un hombre— es la realidad de cualquier poesía y lo que nos gusta. Lo abstraído, lo general, es cosa im-poética. El ser, el incondicionado ser (esto Schopenhauer también lo pre-meditó) no es sino la cópula que une el sujeto con el predicado. Es decir, el ser no es categoría poética ni metafísica, es gramatical. Dicho sea con palabras de la lingüística: el depuradísimo verbo *ser*, tan servicial que lo mismo sirve para ser hombre que para ser perro, es un morfema, signo conjuntivo de relación; no un semantema, signo de representación. Pensar *Alguien hizo algo*, no es poético; pensar *En uno de los días del tiempo y en uno de los sitios del espacio, un hombre escribió*, ya casi lo es; pensar *En una casa de la calle del Parque (esquina Suipacha) un señor al-sinista se puso a escribir con letra perfilada estas cosas: En un overo rosao, flete nuevo y parejito...* lo es con intensidad. Y es que lo último es anecdótico.

A las anécdotas es costumbre contraponer las imágenes y metáforas: enemistad fabulosa, pues éstas no son más que anécdotas chicas. En ensayo anterior sobre la metáfora, he procurado razonar este parecer.

Reyes ha reformado la anécdota. Su prudente revolución corresponde a la solicitada por Ben Jonson para el epigrama. En vez de sujetar la entera composición a la última línea, al desenlace armado, al rasgo (de antemano) asombroso, Reyes quiere que el agrado de sus anécdotas sea perpetuo. Nunca procedieron así los anecdotistas. Siempre nos propusieron su página, no de gustativa lectura, sino de desconfianza o de impaciencia o de suspensión, para recién justificarse en la última línea y callar. Leerlos tenía más de tarea que de placer. Uno se fatigaba, esperándolos. Reyes, no; Reyes nos presenta un mundito y hace como si lo dejara vivir. El riesgo de esta suerte de anécdotas desmochadas, de anécdotas sin asombro pero con encanto, sería la insipidez; Reyes ni siquiera ha tenido que precaverse de tal peligro. Alguna —*El Gimnasio de la Revista Nueva*— es incomparable.

Un recuerdo de Año Nuevo —página de una tan discreta efu-

sión— es otra de las bondades del libro. Su eficacia novelística es mucha. Cinco, seis renglones, y la definición de los personajes está lograda. A don Ramón Menéndez Pidal nos lo persuade así, como quien no quiere la cosa: “A sus estancias en la sierra, que alterna con el sol de la marítima Zumaya, debe D. Ramón, seguramente, ese salutífero color de barro cocido que ha heredado de él su hija Jimena. D. Ramón es hombre que escribe con las ventanas abiertas, en pleno invierno, envueltas las piernas en la manta española. (*Reloj de Sol*, página 67).

La consideración *De microbiología literaria* también me está llamando a la crítica. En ella, el escritor se conduce de las palabras venidas a menos o aplebeyadas; de la palabra “gracia” que ahora significa chiste o chocarrería, de la palabra “habilidad” que hoy es equivalente de astucia. Esa denigración la operan las malas artes de la plebeyez, que todo lo acomoda a su imagen. Otra, no registrada allí, es la motivada por el abaratamiento de los elogios. Hablo de los elogios gruesos, atropellados, sin valoración, de los que pueden ser tan incómodos y tan zafios como una injuria. ¿Qué decir de la intemporalidad terrible de Dios, si la piedra que perdura muchos años ya es cosa eterna? ¿Qué adjetivación será propia de la divinidad, si un jarrón de barro es divino? Para el gacetillero español, no hay sacerdote sin su “virtuoso”, no hay comerciante sin su “probo”, no hay señorita sin su “bellísima”, no hay auditorio sin su “numeroso y selecto”. Esa constancia casi homérica de los epítetos no es tampoco una seña de exaltación; es alargamiento inútil de las palabras. No es ni conceptual ni emotiva: escribir *la bellísima señorita de Tal* no es emocionarse con ella ni formular un juicio estético o pseudo estético; es —únicamente— nombrarla. En tales casos, la ya inseparable adjetivación hace de prefijo, pero de prefijo haragán. El vocablo *señorita* se pierde y es desbancado por un neologismo cargoso: *bellísima-señorita*. (A la simulación de las alabanzas corresponde —signo también de mezquinidad— la de las injurias. Hay fórmulas, universalmente aplicables de injuria, y tan bochornosa perfección hemos alcanzado

que todo marinero borracho, con sólo chapurrear una de esas fórmulas, puede manosear nuestra paz y obligarnos a la pelea, al bastonazo o a la cobardía. ¡Tan convencional es la cosa! Hay literato en Groenlandia que cuando dice *Fulano de Tal es un degenerado y plagiarlo*, lo que quiere decir, es: *Fulano de Tal no frecuenta la misma confitería que yo*, y así se lo entienden).

Releo este afabilísimo *Reloj de Sol*, y una curiosidad clandestina —la misma que ha desordenado más de una vez mis lecturas de Unamuno, de Tomás de Quincey, de Hazlitt me hace preguntar: Este hombre tan sagaz, tan inteligente de los delicados errores y de los delicados aciertos de todo escrito, ¿creerá de veras en la venerabilidad de las letras, en la perfección durante dos horas? La interrogación es íntima, ya lo sé; voceada en la mitad del día, sin un declive propiciatorio de dudas, parece lastimar el más secreto pudor de la inteligencia. Quizá fuera más posible de noche, en esas horas anónimas y alargadas que son los arrabales del alba y en que el atrevimiento de trasnochar se hace discutidor, y en las que razona el desgano físico . . . Indecible o no, mi indiscreción es demasiado íntima para ser satisfecha por otro que Alfonso Reyes, y ése, quién sabe. A lo mejor, él mismo lo ignora (Hay negocios demasiado íntimos y definitivos para ser tarea de nuestro pecho). Hay quien descrea del arte —Quevedo, barrunto, fué uno de sus mayores incrédulos— y quien aparenta negarlo, y sin embargo firma libros y corrige pruebas y reivindica para sí una prioridad, como los dadaístas. Reyes bien puede asemejarse a Quevedo. Esos miramientos con Góngora, esa su piadosa tertulia de *Los amigos de Lope*, ¿no están insinuándonos que le interesa más la pregustada (posgustada) realidad de esos escritores que la de su tan laureada escritura?

Jorge Luis BORGES.

Síntesis. Buenos Aires.

Junio 1927. pág. 110-114.

ALFONSO REYES

En el memorable homenaje que un núcleo de escritores americanos y europeos, tributó en París al ilustre maestro Paul Groussac, Alfonso Reyes, decía: "Hay hombres en quienes el fermento de vida no se está quieto. En la torre de su espíritu, se abren a un tiempo las cuatro ventanas cardinales, y no bien se asoman por una, cuando ya les solicita, no la curiosidad —que son absolutos, y entre Dios y ellos no queda intersticio para la simple curiosidad— sino la necesidad imperiosa de las otras tres ventanas del alma. Estos son por derecho propio, ciudadanos del mundo: hombres de frontera, en cuya mente se concilian y son fecundos los sabores y encontrados orgullos de varias razas, de varios pueblos. Parece que los torturara, desde los albores de la conciencia, un mal divino".

En realidad, también cabría ajustar la sentencia de los términos a la honda espiritualidad del mexicano. Espíritu abierto y sensible a todas las manifestaciones del arte y la belleza, ha logrado madurar en la juventud de la quimera el bello atributo de la fama y de la gracia. Nacido el 17 de Mayo de 1889 en Monterrey, la ejecutoria de su vida define la victoria de la aptitud creadora y la inteligencia fuerte. Ajeno a las luchas políticas de su patria, la acción de su pensamiento fue enaltecer el abolengo de la cultura nacional.

La serenidad de su disciplina estética denuncia al escritor completo, de enjundia clásica y erudición moderna. Fundador de revistas y creador de libros, ha consolidado el dinamismo del carácter y el ingenio. A los veintitrés años, dice un biógrafo, revelaba la compleja sabiduría de los hombres graves. Poeta, escritor, crítico y pensador: las más variadas facetas del valor mental en la prueba del conocimiento y del trabajo. "Alfonso Reyes, señala un contemporáneo, puede considerarse hoy en día, entre la familia intelectual mexicana, como el talento más poderoso y el espíritu más culto y de mayor fuerza dinámica".